

ME GUSTA TU PERFIL

Vanesa Ledesma Urruti



Una de las leyendas más antiguas tanto de la tradición occidental como de la oriental es la que establece que la primera pintura surge del perfilado de una sombra proyectada sobre una superficie (Robert Rosenblum). En su *Historia Natural*, Plinio el Viejo describió el origen de la pintura recurriendo al mito de Butades, según el cual, la hija del ceramista Butades de Sicyon, Kora de Corinto, inauguró este arte al trazar sobre la pared el perfil de su amante la noche antes de su partida. Esta pintura de 1775 del pintor escocés David Allan (1744-1796) fue una de tantas recreaciones del mito que debemos al periodo romántico. En ella, el escocés captura el momento nocturno en que la joven repasa con un carboncillo dicho perfil a partir de una sombra, en un momento de gran intensidad visual donde aparecen muchos de los motivos que se asocian a la pintura desde la Antigüedad, como son los de la ausencia, la presencia, la mimesis. Y es que este mito indaga en la concepción de la pintura como reflexión de un mundo que está ahí fuera no sólo para ser visto o recreado visualmente sino también para, de alguna manera, ser

atraído hacia el presente. En este sentido, la acción del perfilado pretende “hacer presente” al amante durante su ausencia, cristalizándolo en un objeto más sólido que la maleable, frágil y acomodaticia memoria humana. Poco sospechaba la doncella de Corinto que no basta con un calco de los rasgos en el vacío ya que solo la expresión puede mantener viva una ausencia, como nos demostró Monet en su obsesivo intento por rescatar lo que quedaba de vida en el rostro de la agonizante Camille.

Podríamos decir que ese perfilado sobre la pared tiene como fin el constatar que ahí, en esa línea y no otra, habitó una vez un alma o en sentido griego, una forma. Recordemos que el Hades era para los griegos un mundo sombrío donde sin embargo no podía existir ni la sombra, al no penetrar jamás la luz. De tanta oscuridad, las almas no podían distinguirse unas de otras y en ese golem de indistinción pululaban, sombra sobre sombra, las caóticas fuerzas del mal. Porque, como bien intuyeron los antiguos, no hay nada más terrorífico que la negra homogeneidad de un mundo sin contornos, indefinido, carente de líneas.

No es de extrañar que ese perfil primigenio haya tenido tan extraordinario impacto en la historia de la pintura, convirtiéndose en tema recurrente a partir de finales del siglo XVII y especialmente durante el siglo XVIII. Como nos recuerda Victor Stoichita en su *Breve historia de la sombra* (1997), este periodo coincide con una predilección generalizada de la alta sociedad europea por las siluetas recortadas, los célebres *portraits à la Silhouette* que puso de moda el intendente del Tesoro de Luis XV y que pronto empezarían a tomarse como pequeñas radiografías del alma. En efecto, a medida que adquiría notoriedad la práctica del perfilado, se iba acentuando la sospecha de que el rostro de un ser humano era un correlato de su conciencia. Esta idea culminaría a finales del siglo XVIII cuando Johann Kaspar Lavater (1740-1801), un pastor protestante de Zurich, se encargara de dotar a tales suposiciones de una base teórico-experimental, revolucionando así el campo de la fisiognómica. Curiosamente, además, la etimología nos muestra como a lo largo de la historia la definición de *perfil* se iría ampliando en sintonía con estas creencias. Del latín *per-* hacia delante y *-filare*, dibujar (originariamente con un hilo, *fil*) el término perfil en su primera acepción hace referencia a la línea que delimita un contorno, normalmente en escorzo. Pero aproximadamente a mediados del siglo XVII, este término será asociado también a los rasgos esenciales del carácter o la personalidad.

Si en 1809 Wolfgang von Goethe, admirador de Lavater, habría propuesto la captación de las esencias mediante la reducción al *Ur-phänomen*, fenómeno original o forma primordial en que un objeto se nos aparece (“un mundo en escorzos”, dirá un siglo más tarde Edmund Husserl) el pastor suizo superaría en dificultad a su coetáneo para explorar un concepto aún más abstracto, como era la *Urbild* o “imagen original”. Y esta forma primordial de darse no ya un objeto sino su imagen le serviría de fundamento teórico para revelar, a través del cuidadoso perfilado del rostro, la verdadera naturaleza del ser humano. De hecho, para el suizo, la línea que dibujaba dicho contorno era la verdadera marca de identidad de la psique, el oscuro lugar donde se albergaban los vicios más ocultos del carácter, incluso antes de que estos hubieran

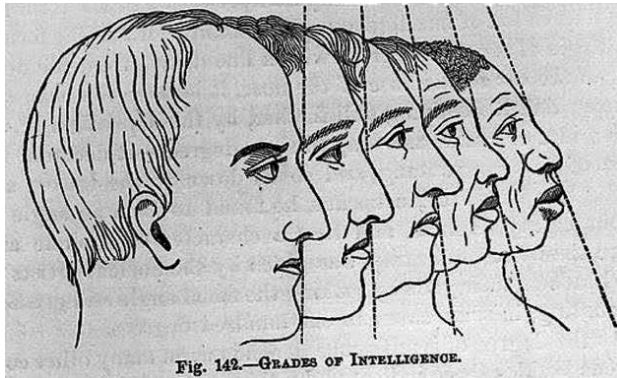
afiorado a la superficie del comportamiento. De ahí que a la curiosa máquina que inventó para perfilar el rostro, Stoichita la hubiese calificado como “confesionario”.



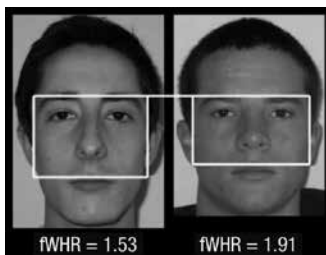
Este grabado ya nos muestra una imagen menos poética que la de cualquiera de las muchas recreaciones románticas del mito griego. Bajo la “científica” mirada de dos curiosos, Lavater recorre el contorno de un perfil como si fuera un experto en anatomía que traza con un bisturí la línea de corte hacia los misterios de un cuerpo inánime – él mismo admitiría su predilección por los rostros estáticos, dormidos o incluso muertos. Así es como el suizo gustaba de desentrañar las inadvertidas opacidades del alma, convirtiéndose finalmente en el mayor especialista en la disección de las más desprevenidas conciencias burguesas de la época.

Efectivamente, era la estructura del rostro – sus partes duras e inamovibles – lo que interesaba a la fisiognomía, convirtiendo el perfilado en una disciplina a medio camino entre la metafísica y la caricatura. Esta pseudociencia causaría un enorme impacto en el imaginario de los siglos posteriores, siempre en periodos socialmente inestables en los que se la ha utilizado para justificar la lógica de modelos totalitarios de ingeniería social y la exacerbación de identidades colectivas por encima de diferencias individuales. Precisamente, la reducción de toda expresión a un conjunto de rasgos distintivos fácilmente identificables permitiría más tarde un ejercicio indiscriminado del poder taxonómico sobre sociedades enteras. Con esta fórmula esencialista y determinista de perfilar individuos, no era muy difícil caer en la tentación

de identificar rasgos morales o cualidades abstractas con grupos humanos concretos.



Curiosamente, en una extraña actualización de la cultura de entreguerras, hoy se renueva la atracción por identificar caras con almas, por medir y calibrar la geometría de rostros bidimensionales para así poder dotarlos “científicamente” de cualidades morales específicas. La biometría facial se utiliza no sólo para identificar individuos sino también para predecir comportamientos. Es el caso, por ejemplo, de *Faception*, software de lectura facial que determina todo tipo de conductas, nuestro coeficiente intelectual, orientación sexual, inclinación política, si somos o seremos en un futuro pedófilos o terroristas. De hecho, se estima que muy pronto cada rostro del planeta quedará registrado en algún software de reconocimiento facial. Además, existe el perfilado social a partir de los datos de cada usuario, generando estudios de personalidad totalmente automatizados donde las máquinas se encargan de clasificar y agrupar perfiles para otorgar valoraciones morales como las de “fiable” o “no fiable”, “deseable” o “no deseable”. Y, en una perversa inversión de los años 1930, se elaboran rigurosos estudios psicológicos por instituciones acreditadas, como la Universidad de Delaware, que nos descifran, por ejemplo, el ratio facial del racismo.



Y todas estas prácticas se llevan a cabo con información sustraída de nuestras cuentas en redes sociales porque, recordemos, al otro lado de esta compleja red estamos los usuarios, los portadores de rostros, los creadores de perfiles. En efecto, hoy en día el término perfil parece inseparable del internet y no puede entenderse sin su vinculación a las redes sociales. Lo utilizamos para hacer alusión principalmente a una imagen, a veces acompañada de texto, con que cada usuario de un determinado espacio en red se da a conocer, se muestra, se presenta y se hace presente al resto de internautas, ya sean amigos, conocidos, seguidores. Se trata, en definitiva, de una construcción más o menos consciente, casi siempre concienzuda, de una o varias identidades digitales.

En la actualidad la importancia de esta identidad digital es tal que, por ejemplo, muchas empresas utilizan la lectura automatizada para elegir a sus candidatos a partir de la foto de un perfil, analizando por ejemplo el tipo de plano con el que hemos decidido mostrarnos, en qué ángulo aparecemos, qué parte de nuestro cuerpo hemos querido resaltar, si estamos mirando o no a la cámara, si salimos con nuestra mascota o nuestros hijos, si estamos haciendo alguna actividad deportiva o en un bar con los amigos. Y, a juzgar por las largas horas que en muchos casos pasamos seleccionando y editando las fotos con las que nos vamos a dar a conocer, es muy comprensible que esa elección nada aleatoria sea en sí misma objeto de estudio psicológico. Pero, ¿qué función tienen realmente estos perfiles en nuestra vida social?



Hoy cualquier usuario sabe que no es lo mismo comunicar algo desde un perfil de *LinkedIn* que desde uno de *Instagram* o de *Tinder*; no es lo mismo adoptar el perfil de un *twittero* que el de un *gamer* o un *vlogger*. Y así ocurre muchas veces que, en un mismo momento, estamos “siendo” distintos perfiles a la vez, manteniendo interacciones parale-

las a través de nuestros distintos avatares según convenga a los múltiples espacios virtuales a los que estamos conectados simultáneamente, rozando en algunos casos comportamientos en redes verdaderamente esquizoides. Hasta cierto punto, podríamos decir que son los perfiles los que se comunican a través de nosotros y no nosotros a través de ellos. Porque, ¿qué viene primero, el perfil o

tecnología es bidireccional: nosotros la creamos y ella nos construye. Lo mismo ocurre con las redes sociales: nosotros las diseñamos pero son ellas las que nos determinan socialmente, materializando las prácticas a través de las cuales nos relacionamos, marcando los límites de nuestra identidad digital, siempre a través de una determinada serie de algoritmos.



la persona? Se interpreta que el perfil es indicativo de una cierta tipología de la personalidad pero, ¿seguro que no es al revés? ¿No es la personalidad la que, en la mayoría de los casos, se sacrifica para encajar en uno u otro perfil?

Así, muchas veces ocurre que creamos primero un perfil y luego acomodamos en él nuestra personalidad; el perfil es el que nos da las pautas de cómo debemos actuar en la red, de lo que debemos decir y hasta pensar. Y lo mismo ocurre con los otros: primero imaginamos el perfil del usuario que queremos conocer y luego deslizamos el dedo por una pantalla para ver quién encaja mejor. Primero creamos el perfil de un candidato para un puesto de trabajo, para un club, para un partido político y luego embutimos allí como sea a la persona elegida, haciendo los ajustes necesarios, estirando o recortando si hace falta para encajarla en nuestra particular Cama de Procusto. En este sentido, es obvio que nuestra relación con la

Y así sucede que millones de usuarios, especialmente entre las generaciones más jóvenes, pasan la mayor parte de sus días interactuando con perfiles de otros usuarios, y con el suyo o los suyos propios, en un peculiar baile de máscaras o de avatares en el que rasgos faciales de todo tipo se suceden vertiginosamente. Así, se nos presentan diariamente decenas, cientos de rostros bidimensionales con los que debemos interactuar si queremos mantenernos activos en las redes como animales hipersociales que somos. Y es que hoy asistimos al curioso fenómeno de que la sociabilidad del ser humano – el cual posee, recordemos, más músculos faciales que ninguna otra criatura sobre la tierra y puede generar más de 10.000 expresiones diferentes – ya no depende tanto de su presencia, de su *estar presente*, como de su conectividad, de su *estar conectado*.

En este contexto, parece materializarse aquel temor de la cultura Weimar de que la modernidad

iba a suponer una drástica reducción de la riqueza expresiva, de que caminamos hacia un futuro en que el yo será cada vez más inexpressivo. Y de hecho, con la era de la información y el internet, vemos configurarse ante nosotros un mundo, podríamos decir, de *extraordinaria pobreza facial*, donde la variedad en el gesto y la sutileza expresiva del rostro están sufriendo un debilitamiento sin precedentes. Y todo ello en aras, paradójicamente, de la comunicación.

Es inevitable recordar aquí a tantos artistas de vanguardias que desde Georg Grosz hasta Giorgio de Chirico eliminaron la expresión de los rostros como anunciando esta carrera imparable hacia la inexpressividad, borrando facciones y rasgos, vaciando el espacio de la cara como si fuera una tabula rasa donde poder escribir cualquier cosa. O el estupor que invade al pobre Malte Laurids Brigge – alter-ego de Rainer Maria Rilke – al cruzar desorientado esas calles de París llenas de caras para llegar a aquella mujer en Rue de Notre Dame du Champs cuyo rostro se le había ido descolgando sobre las manos hasta mostrar una cavidad vacía: “Me costó un esfuerzo indescriptible quedarme en esas manos, no mirar hacia aquello de que se había despojado. Me estremecí al ver un rostro tan de dentro, pero me daba más miedo la cabeza desnuda, desollada, sin rostro.” Hoy podemos leer estas líneas de 1910 con interés visionario.

Efectivamente, desde las siluetas de Lavater hasta los perfiles de las redes sociales de la actualidad, no cabe duda de que hemos caminado hacia una especie de *estatismo de la expresión*. Se podría argüir que un perfil en las redes sociales tiene también su propia historia y que sin duda va evolucionando tras cada actualización. Sin embargo, ese historial no deja de ser una concatenación de estados, de caras en reposo, una ristra más o menos melancólica de versiones estáticas de uno mismo. El perfil en redes es en todo caso una obra fabricada, un texto que se reescribe tantas veces como consideramos necesario, en muchos casos, varias veces al día. Así, nuestros perfiles no son más que versiones editadas, siempre fijas, de nosotros mismos. Y en esa labor de reescritura y edición, partimos siempre de un yo definido por el rasgo

en el vacío, un yo anónimo e inexpressivo sobre el que podemos escribir cualquier cosa. Podemos fabricar incluso, como hace Lais Pontes en este proyecto titulado *Born Nowhere*, la tipología más variada de nuestro yo.



Al poner de relieve la maleabilidad del rostro, esta vez con *Photoshop*, la artista ahonda en la problemática relación entre la cara-perfil y la cara real a la que aquélla remite, es decir, la cara ausente que vibra al otro lado, constantemente cambiando, sujeta al fluir de las emociones. Porque, ¿qué es lo esencial y por ende, qué es lo accidental en la representación de un rostro?, parece preguntar Pontes, revisando así una de las grandes cuestiones de la fisiognómica tradicional. Es obvio que fuera de la red no somos rostros en reposo (¿o lo somos cada vez más?) ni tampoco un cúmulo de estados. Pero ¿cuáles son finalmente los límites expresivos a la hora de componer nuestra identidad digital? Y sobre todo, ¿cómo nos encasilla un perfil u otro en un determinado tipo social? Tales parecen ser algunas de las inquietudes principales de este “Nacida en ningún sitio”, título que ya refleja un intento de liberación de cualquier clase de perfilado social, de cualquier restricción de tipo político-identitaria.

¿Será que somos cada vez menos hábiles para la interpretación del lenguaje facial, del lenguaje corporal y sus pulsiones? Parece advertirse una especie de desconfianza hacia el otro ante la creciente dificultad para descifrar su estar ahí presente, latiendo ante nosotros. Y si no, ¿por qué es cada

vez más común ver a dos jóvenes comunicándose por chat aun cuando ambos se encuentran en la misma habitación? Lo vemos en el aula, en el parque, en un café. ¿Rehuimos acaso el cara a cara? ¿Prefiere nuestra mente decodificar en cuestión de segundos un emoticono al inescrutable enigma de una mirada sostenida?

Qué duda cabe de que los emoticonos tienen la función aparente de simplificar la comunicación de emociones y sentimientos, pero también recurrimos a ellos con el fin de ahorrarnos la cada vez más incómoda interacción cara a cara, buscando la seguridad de una interpretación inequívoca, eludiendo la compleja tarea de tener que calibrar el efecto de nuestra presencia en el otro, ahorrándonos también el tener que evaluar la inquietante presencia del otro en nosotros.

Y así vamos borrando la variedad expresiva de nuestro rostro. La capacidad para “decir con la mirada” se desvanece ante un interlocutor para el que es cada vez más difícil aprehender emociones en movimiento. Porque en definitiva, un rostro presente es siempre un rostro relacional, que evoluciona al tiempo que interactúa. Es expresión e inmediatez, y también pathos, vivencia, acción. En este sentido, todos somos de alguna manera responsables de nuestra cara, como advertía Albert Camus en *La caída*, ya que nuestro rostro es ante todo el fruto de nuestra particular interacción con el mundo.

Pero si ya no sabemos o no queremos hacernos cargo del cara a cara ¿qué hacer entonces con los comportamientos contradictorios, anfibológicos, que son en realidad todos los comportamientos humanos? ¿Cómo interpretar entonces si un “no” es en realidad un “sí” con reticencias o si un “sí” es un “sí” sin condiciones? Quizás sea por eso que en el mundo actual tenemos que recurrir más y más

a las leyes, al Estado, para que nos “ayude” a interpretar la presencia humana, ese latir del otro en nosotros, ese pathos compartido, en situaciones tan privadas como son el cortejo o el acto sexual. Así, entregamos sin resistencia a organismos, instituciones, inspectores, otros usuarios, la porción más íntima de nuestra expresividad.

Y es que en este mundo de *Faception* y de *Cambridge Analytica*, de minerías de datos, de rastreadores de perfiles, ya no hará falta el ejercicio de la fuerza para moldear el comportamiento humano. Porque casi siempre somos nosotros quienes hacemos el trabajo sucio. No sólo rehuimos la responsabilidad de la presencia, sino que además nos homogeneizamos voluntariamente, nos entregamos con todo nuestro historial de navegación por delante, ya limados en nuestra expresión, ya cribados y perfilados para nuestra fácil clasificación por los lectores automáticos del Big Data, esas inteligencias parcialmente ajenas que, cada día más codificadas y autodidactas, se comunican en un lenguaje apenas accesible para nosotros.

Así que, no lo olvidemos, las dictaduras digitales empiezan por nosotros mismos, por la forma en que nos autocensuramos a partir del número de “me gusta” o de comentarios que es capaz de acumular una determinada foto. Por la forma en que constantemente actualizamos nuestros perfiles para que se parezcan más a otros que ya gozan de popularidad en las redes. Por la forma en que reescribimos constantemente versiones mejoradas de nosotros mismos para encajar en la lógica de un particular espacio red, donde el mayor terror, como en el Hades antiguo, consiste en perder el dibujo, flotar en el vacío como un nodo aislado, sin una sola línea que profile el trazado de nuestra conectividad.